



CAMILO TORRES: EL UNIVERSITARIO

Gustavo Pérez Ramírez

Camilo Torres Restrepo (1929-1966), fue un controvertido personaje colombiano, cuya fama trascendió las fronteras nacionales con extraordinaria resonancia mundial, en unos casos por una válida razón coyuntural, pero parcial y efímera, hoy obsoleta, de Cura Guerrillero, que palidece ante su auténtica praxis revolucionaria, que le merece el apelativo de Mártir de la Liberación, como resulta evidente a quien estudie su vida.

Como escribe Eduardo Pizarro León Gómez en su columna, El Siglo del perdón, “A medida que la conciencia humanitaria crece a nivel internacional, muchas conductas del pasado, que eran aplaudidas y glorificadas, se miran hoy bajo una nueva óptica”.

El primer biógrafo de Camilo, Germán Guzmán Campos, profesor universitario, tuvo la intuición de titular su biografía, Camilo, Presencia y Destino (1967),

presentando una visión holista de su vida. Fue un testimonio fresco, escrito un año después de su muerte, en el que amonestaba premonitoriamente que “toda personalidad multifacética, corre el peligro de ser enfocado de manera unilateral y recortada, adulterando por razones de simpatía o aversión lo que realmente fue, para entregarlo disminuido, mixtificado, manoseado, mutilado a quienes anhelan conocerlo”.

En 1975, Joe Broederick, publicó la primera biografía en inglés, The Priest-Guerrillero, y su versión en español El Cura Guerrillero, dejando desde entonces esa imagen recortada de Camilo, como si ese acto coyuntural, por comprensible que fue, en el contexto de su época, definiera su vida.

Después de todo, y parafraseando a Vargas Vila, autor de “La muerte del Cóndor” en homenaje a Eloy Alfaro, sostengo que el heroísmo de Camilo no fue de una hora, el



de las batallas, pequeño ante el heroísmo continuado y tenaz de toda una vida.

Lo demuestro en la biografía que escribí, mostrando al auténtico Camilo, el precursor de la Teología de la Liberación en Colombia, el sociólogo comprometido, el político del Frente Unido, que finalmente tuvo que optar valerosamente por la vía armada ante la imposibilidad de realizar su ideal cristiano de amor eficaz para con el pobre y explotado. Invité a colaborar al padre Jaime Díaz, también compañero y amigo de Camilo, quien disponía de sus vastos archivos personales, hoy en el Archivo General de la Nación en Bogotá, para análisis de los estudiosos.

Camilo fue un joven alegre, tuvo novia, ingresó a la universidad a estudiar Derecho. Al terminar el primer semestre, su novia lo interesó en ir con ella a unas conferencias que dictaban unos prestigiosos sacerdotes franceses de la Orden Dominicana, que habían llegado para predicar sobre un cristianismo auténtico. Allí Camilo descubrió la esencia del cristianismo, el amor y compromiso con los pobres. Decidió hacerse sacerdote para dedicarse de tiempo completo a este ideal.

Fernando, su hermano, neurólogo de la Universidad de Minnesota, me refirió las circunstancias: "Camilo no parecía que tuviera una vocación a las Leyes, le dio por meterse de cura Dominicano, abandonó subrepticamente la casa, dejándole una nota a mamá y se fue a la estación del tren para viajar a Chiquinquirá". Allí está el santuario mariano, regentado por los Padres Dominicos, donde se formaban los religiosos de la Orden de Predicadores. "Mamá", prosiguió, Fernando, "enterada por su empleada, salió presurosa y logró llegar a tiempo que el tren estaba para salir, lo hizo bajar y regresar a la casa opuesta a que se hiciera cura. Pasados

unos días de discusiones, finalmente se negoció una solución, haciéndolo desistir de ser cura dominicano, para en cambio ingresar al Seminario de la Arquidiócesis de Bogotá".

Así Camilo abandonó la iniciada carrera universitaria e ingresó al Seminario Conciliar de la Arquidiócesis de Bogotá. En fin de cuentas, su Mentor, Jesús, tampoco tuvo vocación por las Leyes, que nunca impuso, pues la doctrina que predicó fue el amor sin trabas a Dios y al prójimo como a sí mismo.

Al ordenarse sacerdote, pidió licencia para ir a la Universidad de Lovaina a estudiar sociología en busca de hacer eficaz ese amor, que fue la brújula de su vida y praxis constante de su vida.

Y aunque sólo sacó la Licenciatura en Ciencias Políticas y Sociales, regresó a Colombia, sin un doctorado, porque le urgía poner en práctica lo aprendido. Partió a Minneapolis, Minnesota, donde su hermano, le hizo una especialización en sociología del trabajo, industrial y ocupacional y participó en seminarios sobre investigación en sociología urbana, planeación, psicología social y la relación entre la teoría estadística y la social, durante tres meses.

A su regreso a Colombia, recibió el nombramiento de capellán de la Universidad Nacional, donde se ganó el cariño y admiración de los estudiantes, y colaboró con el sociólogo Orlando Fals Borda en la fundación de la Facultad de Sociología, donde fue profesor; con el empeño de renovar la enseñanza a base de investigación, que denominaron participativa, sentando las bases de una metodología pionera. Y fue pionero también en la enseñanza de una sociología comprometida, en una época en la que se pretendía que las ciencias sociales debían ser "libres de valores" y "sin política", lo que le



interesaba a los poderes del establecimiento para evitar los cambios, que los sociólogos comenzábamos a promover, yo con mi tesis doctoral, de una reforma agraria, Camilo con las reformas laborales y de hacer tomar conciencia a las comunidades de excluidos de la sociedad de sus necesidades básicas insatisfechas, de la necesidad de organizarse y luchar por sus derechos, tres elementos básicos para crear una presión de cambio desde las bases.

Muy pronto se hizo manifiesto el cariz revolucionario de su praxis en tan propicio ambiente, que creó pánico entre los medios eclesiásticos y la oligarquía, con la consecuencia de que el Cardenal lo sacó de la Universidad. Lo mandó como auxiliar en una parroquia de la ciudad, si bien, ante la insistencia del director de la Escuela de Administración Pública-ESAP, le permitió que siguiera ejerciendo su actividad académica, otra oportunidad propicia para aplicar sus tesis de cambio, esta vez con funcionarios públicos. En el ESAP llegó a ser Decano de 1962 a 1964. Desde esa posición logró hacer contactos con el Instituto de Reforma Agraria, INCORA, y con la Organización de las Naciones Unidas para la infancia, UNICEF, organizando cursos para sus funcionarios. Y propuso a las directivas del INCORA un proyecto piloto de unidades de acción rural. Por razones políticas los conservadores lo rechazaron. Fueron sus primeros tropiezos con la intransigencia de politiqueros que se oponían a reformas sociales. Con la de los jefes eclesiásticos había tropezado mucho antes, pero Camilo no era de los que tomaban un no como respuesta. Se empeñó en su propósito y logró convencer al Ministro de Agricultura, que era liberal. En agosto de 1963 celebró el contrato para realizar un plan de cooperativismo, desarrollo de la comunidad y extensión agropecuaria que se convirtió en una Unidad de Acción Rural en Yopal, Casanare, Llanos Orientales.

El Camilo revolucionario comenzó a gestarse desde que aceptó el cristianismo como un compromiso de entrega, de amor eficaz, no meramente asistencial, y hasta las últimas consecuencias, apoyado en el análisis sociológico de una realidad de violencia institucionalizada. Finalmente tuvo que abandonar la cátedra ante las presiones de la oligarquía conservadora y sin otra salida, ante exigencias de la Jerarquía, que no supo entender que la opción por los pobres implicaba un compromiso político, Camilo pidió su "reducción" al estado laical, pero sin renunciar a su sacerdocio, al que guardó fidelidad hasta su muerte.

Pasó, pues, a liderar un movimiento político revolucionario que denominó El Frente Unido. Fui el primero en conocer el borrador de su Plataforma, que me pasó por debajo de la mesa en una comida a la que habíamos sido invitados por una familia prestante que quiso reunir a personas que figurábamos en las luchas de los movimientos sociales, un par de líderes sindicales, líderes de acción comunal y un líder universitario. Y como representante del Ejército, el general Valencia Tovar. Camilo no participó en las discusiones para él reformistas; él estaba ensimismado en sus propósitos revolucionarios, convencido de que, como lo expresó en forma contundente, "Yo opté por el cristianismo por considerar que en él encontraba la forma para servir a mi prójimo. Como sociólogo he querido que este amor se vuelva eficaz, mediante la técnica y la ciencia. Al analizar la sociedad colombiana, me he dado cuenta de la necesidad de una revolución, para poder dar de comer al hambriento, de beber al sediento, vestir al desnudo y realizar el bienestar de la mayoría de nuestro pueblo. Si es necesario para realizar el amor al prójimo, el cristiano debe ser revolucionario".

Me pareció muy esquemático el borrador de su Plataforma, lo que discutimos

mientras lo llevaba a su casa, y estacionados en la calle frente a su casa, permanecimos discutiendo hasta las tres de la mañana. Mi posición fue que fuera a Lovaina a sacar su doctorado, con base en esa Plataforma revolucionaria, para una profundización de sus ideas y prepararse mejor para liderar su movimiento político El Frente Unido.

Pero Camilo ya iba desbocado. Lanzó su Plataforma tal cual, y comenzó una gira por todo el país defendiendo su posición revolucionaria. Hasta fue al Perú, donde su amigo el padre Gustavo Gutiérrez, quien a comienzos de los 70 publicaría su libro seminal sobre la Teología de la Liberación.

Camilo, como precursor de esa Teología, insistió en que el cristiano debe ser revolucionario por vocación y lo puso en práctica, a pesar de la oposición pertinaz de la Jerarquía, que insistía en que el sacerdote no puede comprometerse en política, y la oposición del Ejército que comenzó a reprimir sus manifestaciones, y de las autoridades gubernamentales y partidos políticos, que veían en su Frente Unido una amenaza.

De hecho El Frente Unido creció como espuma, sacó su periódico El Frente Unido que llegó a tener un tiraje de 500.000 ejemplares, que hasta su madre Isabelita, voceaba en la calle, y que se vendía como pan recién salido del horno.

Imposible dentro del espacio asignado para este escrito, describir pormenorizadamente, cómo Camilo comenzó su liderato a escala nacional, con repercusiones internacionales. En un avión coincidimos; él iba para Caracas, invitado por universitarios, yo seguía para Europa a un congreso en Lovaina. Tuvimos oportunidad de conversar en el vuelo, ocasión en la que le reafirme mi convicción de colaboración en su acción política, pero insistiéndole en que

analizara más a fondo su Plataforma para una acción más eficaz.

A mi regreso del exterior, encontré a Camilo ya inmerso en la lucha política, con amenazas de muerte, críticas negativas en la prensa y con presiones que lo querían arrinconar.

Antes de irse para la guerrilla me confesó en una de nuestras cada vez menos frecuentes conversaciones, porque su acción política lo desbordaba, que pensaba unirse al ELN, ante tantas amenazas y oposición, para seguir en su intento de hacer eficaz su amor al prójimo. En esa época era comprensible que un cura se fuera para la guerrilla, ante la férrea oposición gubernamental, eclesiástica y de la burguesía a las grandes reformas de estructura necesarias, para intentar lograrlas por la vía armada.

Camilo llegó a decirme, que él esperaba que su adhesión a la guerrilla crearía un efecto de imán entre los universitarios, que en un par de años se tomarían el poder, y entonces él se retiraría a una remota parroquia rural a seguir en el ejercicio de su sacerdocio. Y me invitó a seguir discutiendo en el monte.

Yo estoy convencido de que Camilo tuvo un encuentro secreto con el Che Guevara, que entonces promovía el "Foquismo" como teoría revolucionaria y la creación en América Latina de "Uno, Dos, Mil Vietnam". El Che sostenía que la experiencia de la Revolución Cubana demostraba que cuando las condiciones subjetivas no son suficientes para que las masas lleven adelante la revolución socialista, un pequeño foco que iniciara acciones típicas de la guerra de guerrillas podría lograr con relativa rapidez que la revolución se expandiera, obteniendo así el levantamiento de las masas y el derrocamiento del régimen. Esto debió ilusionar a Camilo y persuadirlo

de que la gran revolución latinoamericana estaba a las puertas y que su utopía era de las realizables.

A fines de octubre de 1965 desapareció furtivamente, dejando una carta a su madre, a quien abandonaba con dolor del alma, para hacer eficaz su amor al prójimo, empuñando las armas contra una oligarquía obsoleta, reacia al menor cambio, explotadora del prójimo y una violencia institucionalizada, que se expresaba en mantener el analfabetismo, en la explotación a trabajadores y campesinos, en la miseria que se perpetuaba creciente en barrios de excluidos de la sociedad.

Lo demás ya es historia. Camilo alcanzó a estar tres meses completos en el monte, a donde llegó inexperto en la lucha armada, donde era de esperarse que, como sacerdote y sociólogo, pudiera dedicarse a ayudar a profundizar en el verdadero compromiso revolucionario, sin adoptar la teoría de que el fin justifica los medios. Camilo, si hubiera sobrevivido en la guerrilla, no hubiera permitido la degradación posterior de una guerrilla compuesta de universitarios, muchos católicos, convertidos en secuestradores y violadores de los más elementales derechos humanos y de lesa humanidad, así el Establecimiento los viole y cometa los horrores que se han venido conociendo, pues si la guerrilla ofrece un cambio fundamental, debería comenzar por practicar otros valores de solidaridad y justicia. Quizás Camilo tuvo muchas conversaciones con los guerrilleros sobre estos temas, pero el líder de la guerrilla lo quería disparando, y lo expuso inexperto a ganarse su fusil, despojando al enemigo en una emboscada.

Previamente se había cometido otro error elemental, pues hicieron

coincidir con el primer aniversario de la creación del ELN, que fue a comienzos de enero de 1965, el anuncio sobre el ingreso de Camilo a la Guerrilla. Error, porque era tiempo de vacaciones, y este anuncio no tuvo el impacto que hubiera tenido si esperan a que las universidades estén abiertas. Cuando estas se abrieron, fue para escuchar la infausta noticia de la muerte de Camilo, el 15 de febrero de 1966, noticia que las autoridades militares y gubernamentales ocultaron por dos días, mientras preparaban su estrategia para reprimir un levantamiento estudiantil.

Me reafirmo en que la heroicidad de Camilo no fue de una hora, la de su primera batalla, que palidece, sin quitarle mérito, ante el heroísmo continuado y tenaz de toda una vida.

Con razón, con motivo de celebrarse este año los 80 de su nacimiento, se le han rendido homenajes a Camilo, tanto en Colombia como en muchos países latinoamericanos, no sólo en Cuba, y además en Bélgica, en la Universidad de Lovaina, donde François Houtart, logró que se designara un aula especial a su memoria. .

Mi propio homenaje a Camilo en esta efeméride ha sido publicar la tercera edición de mi biografía, bajo el título de Mártir de la Liberación, gracias a Germán Rodas, director de ediciones La Tierra, quien la prologa, editorial que difunde las ideas socialistas con fervor y múltiples publicaciones.

Camilo ha pasado a los Anales de la Historia, como lo que fue, precursor de la Teología de la Liberación, que aplicó hasta las últimas consecuencias.